

I.

Abuso de palabras.—Partidarios de la tiranía.—Causa
de los males sociales.—Las malas doctrinas.

MUCHO se habla en nuestro siglo de *libertad* y *tiranía*, y poco se conoce qué es tiranía y qué es libertad. El corazón las siente; pero las pasiones las disfrazan. A menudo vemos la tiranía con ropaje de libertad; y á la libertad tratada como tiranía. Y no es el vulgo solo quien se engaña con estas voces; tambien el comun de literatos y políticos las usa sin definir las bien. Coadyuba para esta confusion, la que vemos de los principios y de los contraprincipios; de las verdades y de los errores, del adelanto con el retroceso, del mal con el bien.

No es osioso en nuestro tiempo rectificar ciertas nociones, dado que están muy desconocidas ú olvidadas. Una media ciencia y una razon presumida las han desconocido ó desprestigiado. Discurrir sin principios es caminar sin guía, navegar sin brújula, pasearse en la oscuridad.

En la lucha incesante de los partidos que agitan á los pueblos de Europa y de América, escuchamos de continuo los mutuos dieterios y repro-

ches. Táchanse los unos á los otros: culpáanse recíprocamente de cordiales enemigos de la libertad. Conversaciones, discursos, periódicos, libros, contienen estos mútuos cargos. Mas, ¿hay en realidad un partido que por principios, *por convicción* y con ingenuidad ame la tiranía y aborrezca la libertad? ¿Cabe en el corazón humano odiar la libertad y amar la tiranía? Comprendemos que se aborrezca la *tiranía* que mal se llama libertad; que se ame la *libertad* que mal se llame tiranía: pero esto es diferente. El corazón humano juzga y siente mejor las cosas que las palabras. Nos parece tan difícil hallar quien odie la libertad por convencimiento, como hallar un ateo de convicción íntima. A la naturaleza humana se resiste la idea del ateísmo, así como la idea de la tiranía. En momentos de furor puede un ánimo depravado negar la existencia de Dios, pero no es este su pensamiento de toda la vida, ni al borde del sepulcro. Así también puede uno por el arrebató de una pasión política inclinarse á la tiranía, pero no la puede aceptar en calma, como un género de gobierno, ni menos para ponerse bajo su imperio, para ser su víctima.

Demos á conocer la libertad por su contraste con la tiranía, sin descender al seno inmundo en que se revuelcan las facciones; sobreponiéndonos á las miserias de los partidos. Amantes del género filosófico, queremos remontarnos á la encumbrada esfera de la filosofía política. Preferimos la contemplación de las cosas á la censura de los hombres. Persuadidos de que las guerras, despojos, depredaciones, atentados, crímenes é injurias públicas que nos aquejan, son los efectos del mal

y no el mal mismo, queremos señalar la causa y raíz de las calamidades sociales, Esta causa es, digámoslo sin recelo, la irreligion. Ella produce los contraprinicipios, y las doctrinas corruptoras. Las agudas dolencias de nuestra sociedad, no se remedian medicinando los síntomas. Quitémos la causa del mal y cesarán los efectos: calmémos la fiebre anticatólica, y acabarán los dolores y las convulsiones de las naciones.

Las verdades que hallarán aquí nuestros lectores van dirigidas á todos, en favor ó en contra de quien las merezca. El hombre ó el partido que se tenga por condenado ó reprobado en este escrito, nos dispensará de la prueba: él solo se denuncia. Presentamos un retrato: si alguna facción dijere: "por mí se ha hecho," responderémos: "es el original de nuestra copia."

Quando los errores y los vicios nos circundan y oprimen en tumulto y en muchedumbre, preciso es que tengamos cierta irregularidad en combatirlos. Al enemigo se ataca donde y como se presenta. No busqueis método y análisis: escribimos una obra popular, y no un tratado didáctico. Tendrá sí, verdad, y el órden natural del asunto. No serémos difusos, porque los grandes libros no gustan á los lectores de nuestro tiempo. Prosigamos,

II.

Del nombre de tiranía.—Concepto de Ciceron.—Definicion.

NUNCA ha sido de mas definir las palabras en las graves cuestiones; pero menos lo seria cuando, como hoy, tanto se abusa del idioma, y tantos errores se han parapetado en los abusos de él. La palabra *tiranía*, como muchas que expresan ideas capitales, tienen un significado propio y natural, y otros que el uso ha introducido: lo mismo sucede con sus derivados. La lengua española, como otras modernas, ha recibido, á modo de herencia, mil palabras del griego y del latin. Entre los griegos se llamó *tyrano* cualquiera que ejercia mando absoluto y unitario, en cuyo sentido fué sinónimo de *rey*, *monarca*, *soberano*: por eso leemos en los escritores griegos nombrar con título de *tyranos* á los reyes de Perria, Babilonia, Macedonia, etc.: en el mismo sentido hablaron los romanos y lo entienden sus escritores.—Mas el uso añadió diversa significacion á esta palabra. “Con el trascurso del tiempo, dice Ciceron, creciendo la malicia, habiendo empezado á reinar algunos reyes soberanos, esta palabra *tyrano* se restringió solamente á aquellos

que por insolencia abusaban del imperio, y señoreaban no por el derecho y las leyes, sino con la fuerza y con cierto desenfreno del ánimo (1).” Y otro de sus escritos pinta con estos rasgos el carácter del tirano: “Hé aquí la vida de los tiranos: ninguna lealtad se halla en ellos, ninguna caridad: no puede uno fiarse de la fijeza de su benevolencia: siempre sospechosos y recelosos, son incapaces de amistad (2).” Al tenor de éstos pudiéramos acopiar otros textos: pero el acopio de citas no place á nuestros lectores.

Así es la verdad. La corrupcion de los antiguos gobiernos, y lo vicioso, descompasado é inhumano de los monarcas gentiles, unió tanto la idea de su poder con la de sus excesos, que pareció una sola cosa la monarquía y la iniquidad y desafueros de su poder, ó que se tuvo esto como el efecto de aquello. Así, desde tiempos remotos, la palabra *tirano* y *tiranía*, ya no son sinónimos de rey y reino, de monarca y monarquía. Cuando decimos ó leemos tirano, entendemos un gobernante; pero no cualquiera, sino aquel que ejerce injustamente su poder; pero no con cualquiera género de injusticia, que eso pudiera ser aun por error, sino con una injusticia acompañada de violencia, de cierta crueldad ó inhumanidad. “Tiranía es, dice Jimenez Arias, mando injusto y cruel.” A un poder supremo sin trabas ó restriccion, le llamamos *absoluto*: si no tiene mas regla externa que su querer, le llamamos *despótico*: pero en el poder despótico cabe la justicia,

1 De amit. c. 15.

2 De offic.

si la observa el *déspota* ó señor (1): y en el absolutismo puede haber, y en efecto se ha visto, una estricta justicia. Mas la equidad, la justicia, es imposible en el ejercicio de un poder caprichoso, arbitrario, inicuo, violento, inhumano, que es el que llamamos *tiránico*. Hay gobiernos absolutos y justos; tales han sido muchas saludables dictaduras: hay gobernantes *déspotas* y *justicieros*, y la historia nos ofrece algunos ejemplos. Pero jamas hubo, jamas habrá, *tiranos* rectos, benignos, apacibles, considerados, piadosos, justicieros.

Si se nos pregunta cómo definimos el *tirano* y la *tiranía*, no titubearémos en afirmar: que "tiranía es la potestad ejercida con arbitrariedad, injusticia, violencia é inhumanidad:" y quien tal poder ejerce, con cualquier título y nombre que se disface, es un *tirano*.

1. En griego *despothees* significa señor.

III.

Naturaleza de la tiranía.—Arbitrariedad.—Injusticia.—Violencia.—Inhumanidad.

LA definición de una cosa explica su naturaleza: y la naturaleza de ella es el conjunto de sus cualidades esenciales, esto es, de aquellas sin las que no puede ser ó concebirse. Hemos definido la tiranía, la potestad ejercida con arbitrariedad, injusticia, violencia é inhumanidad. Estas cualidades constituyen su naturaleza, le son esenciales; sin ellas no hay tiranía posible. Como en los discursos y escritos es frecuente hallar falsas nociones de tiranía, antes de especificarla, conviene demostrar que estas cualidades son características.

No se nos oculta que de esta palabra, como de muchas, se abusa en nuestros dias. Llamam unos *tiránico* al gobierno que solo es *justiciero*, y á lo mas celoso y severo en conservar la moral pública: confunden otros la tiranía con la *unidad* del poder civil, y creen hallar tiranos donde no hay asambleas populares. A juicio de otros es tiranía el castigo ejemplar de los malhechores, y de los públicos enemigos de la sociedad. Preocu-

pados otros con el espíritu de sistema, miran tiranía en cualquier estado en que la autoridad suprema no está repartida en las tres diversas funciones legislativa, ejecutiva y judicial. Y hasta el delincuente, el sedicioso, el inquietador tenaz, llaman tiranos á los gobernantes que los persiguen por sus desmanes, ó les castigan rigurosamente segun las justas leyes. Dejemos estas caprichosas acepciones: no es árbitro cada uno para dar á las palabras el significado que le plazca: la significacion de las dicciones no varia como las modas.

La arbitrariedad, la injusticia, la violencia, y la inhumanidad, son los caracteres de la tiranía, las cualidades prominentes de todo tirano. Sea cual fuere su nombre, su grado, su condicion, su clase ó su partido, no dejará de ser tirano, siquiere se disfrace con los mas bellos nombres. Donde mireis estas cualidades, allí está la tiranía, sea un hecho, una doctrina, una ley, un hombre, un partido, un gobierno. Propio es de la iniquidad y de los malvados disfrazarse, y ocultar su deformidad con bellos exteriores. Ni os alucinen sus denominaciones, ni os halaguen sus seducciones. El buen sentido descubre tras bellas y á veces magníficas apariencias, grandes deformidades y males horribles

No se confunden entre sí estas cualidades. La arbitrariedad no es por esencia la injusticia, ni ambas se equivocan con la violencia; ni ésta ni aquellas son la inhumanidad. Toda injusticia entraña arbitrariedad: pero no toda arbitrariedad entraña injusticia: la violencia puede ser justa

ó injusta, segun lo sea el fin con que se ejerza: la inhumanidad contiene siempre injusticia: pero la injusticia no siempre contiene inhumanidad. En la violencia injusta cabe de ordinario la inhumanidad, pero no toda inhumanidad es una injusta violencia. Distintas son y no idénticas estas cuatro cualidades de la tiranía. Los ejemplos lo explicarian bien: nuestros lectores hallarán muchos que marquen estas diferencias.

En toda nacion que no sea salvaje hay un cuerpo de leyes positivas, escritas ó acostumbradas, externas y reconocidas, que ordenan los actos del gobierno y las acciones de los súbditos. Cada nacion á sí mismo está sometida, como cada hombre, á las inmutables leyes de la moral, á la ley divina, hasta entre los gentiles reconocida y proclamada, fundamento de las buenas costumbres y base de todas las leyes. Jamas hubo gobierno de nacion alguna, que careciese de fuerza pública para hacerse obedecer: aun el pueblo único y predestinado, el pueblo de los prodigios y de los Profetas, tuvo una tribu consagrada al ejercicio de las armas, tuvo sus ejércitos y armadas, sin que lo dispensara de esta necesidad social, ni lo portentoso de su vida política, ni la divinidad de su legislacion, ni la teocracia en que vivió hasta el día de su deicidio. Por último, los sentimientos de benevolencia, que unen por naturaleza á los individuos del linage humano, y llamamos humanidad, no se extinguen por entero, ni en el individuo, ni en la familia, ni en el estado, sino con un alto grado de depravacion, que nos asimila con los brutos. Sentadas estas ideas preliminares, no es difícil comprender lo que es arbitrariedad,

injusticia, violencia, é inhumanidad, atributos de la tiranía.

Cuando el poder público se aparta de las reglas exteriores, de las leyes humanas, pero no de las reglas inmutables de la moral, el gobierno es *arbitrario*, pero no es *injusto*: si falta á la justicia civil ó humana, no falta á la justicia divina: toma por regla su arbitrio, en vez del precepto positivo de la ley; pero su albedrío se aviene con la justicia, con la que la ley se opone á veces.

Empero si el poder obra en pugna con las reglas invariables de la justicia, á mas de *arbitrario* es *injusto*, porque no se arregla por la ley, que es de suponerse justa, sino por su albedrío; y su albedrío no se arregla por la justicia, sino por la pasión, el interés, el antojo. Entónces el gobierno es injustamente arbitrario y arbitrariamente injusto.

La arbitrariedad no es repugnante cuando tiene por objeto la justicia: mas la injusticia siempre es odiosa, y lo es mas cuando viene con arbitrariedad. Infringir injustas leyes para obrar en justicia, no es mal mirado, sino entre formulistas y espíritus menguados. Mas el quebrantar justas leyes por perpetrar injusticias, es altamente reprehensible y reprobado. Los actos de injusta arbitrariedad hallan resistencia en la conciencia de los pueblos, en el honor de las clases, en el juicio de todos los partidos sensatos. No pueden cautivar la razón porque se resisten á todo convencimiento: aun en los intereses hallan obstáculos, porque todo interés legítimo se funda en la justicia, y la iniquidad del poder amenaza todos los intereses. El gobernante desmesurado y engrei

do, que menospreciando la ley y la moral, quiere obrar por la inspiración de su capricho, emplea la fuerza para vencer las resistencias, que á sus actos opone la sociedad, para dominar las clases, partidos, personas, sobre quienes hace pesar su injusticia. Entónces el poder, sobre ser arbitrario é injusto, es *violento*, es opresor. La fuerza es su razón de estado.

La sociedad resiste la violencia. Los hombres, las familia, las clases, los partidos, menosprecian las violencias comunes, las multas, los arrestos, las coacciones ordinarias: y el poder que se ha precipitado en la pendiente de la arbitrariedad, de la injusticia y de la violencia, no puede, ni quiere contenerse. La resistencia á sus preceptos, le irrita: su irritación le ciega: su ceguedad le abisma. A una violencia añade otra mayor. Si no bastó la multa, se agrega la confiscación, aunque produzca la mendicidad de una inocente y numerosa familia: si la prisión común fué insuficiente, se acompañará con la incomunicación, el hambre, los amagos de muerte: y para dar eficacia á las coacciones comunes, se recargarán los tratamientos mas desapiadados, desde los golpes hasta la muerte, desde la multa hasta el incendio ó la expoliación de toda una fortuna, del patrimonio de unos hijos queridos. Cuando el gobernante ha llegado á estos extremos, ha pasado de la *arbitrariedad* á la *injusticia*, de esta á la *violencia*, de ella á la *inhumanidad*: ha llegado á la *tiranía*: el poder es entónces la acción violenta, injusta y arbitraria de un *tirano*.

IV.

Origen de la tiranía.—La irreligion.—La religion verdadera es causa y garantía de la libertad.

LA tiranía proviene de lo que produce las cualidades que la constituyen. ¿Qué ha causado siempre la arbitrariedad injusta, la injusticia arbitraria, la violencia y la inhumanidad? Todo ello es la injusticia por esencia; la fuerza en vez del derecho; la fiereza en vez de la humanidad: es la inmoralidad en ejercicio. La *irreligion* y la *inmoralidad* son pues la raíz de la tiranía. Jamas los hombres pios y pródigos tiranizaron á los pueblos. Los grandes malvados han sido los grandes tiranos: primero sobresalieron en la depravacion, que distinguirse por la tiranía. Cuando Neron, Guillermo el conquistador, Enrique VIII y Robespierre escandalizaron al mundo con sus abominables tiranías, ya sus naciones habian contemplado con horror el espantoso cuadro de su vida licenciosa, impia y corrompida. El tirano de Inglaterra habia ya pisado los fueros de la honestidad y de la virtud, antes que reglamentar el robo sacrílego de las iglesias de su reino; antes que prescribir y metodizar la aposta-

sía de sus vasallos; antes que suplantarse impiamente á los Soberanos Pontífices; y antes que aventajar en la barbárie de sus tiranías á Calígula, Decio y Dioclesiano.

Los que introducen, fomentan y protejen la *irreligion* en sus respectivas patrias, echan los cimientos y protejen la tiranía que ha de pesar sobre sus compatriotas: y quienes combaten valientemente contra la impiedad y la desmoralizacion de sus conciudadanos, trabajan esencialmente por la libertad individual, civil y política de su patria. Las épocas de mayor irreligion son las de mas bárbara y mas amplia tiranía. Cuando la piedad y buenas costumbres han florecido en los estados, la tiranía ha sido como imposible en ellos; la libertad se ha ostentado con esplendor. Los impios y los perversos son los aliados natos de los tiranos, sus agentes mas eficaces, sus panegiristas y defensores: si á veces se vuelven contra los gobiernos, es para fundar la tiranía en los pueblos, en las turbas. No importa que invoquen la *libertad* en sus maquinaciones: esto es añadir á la maldad la hipocresía; á la ruina el sarcasmo. La historia confirma estas observaciones: y la moderna multiplica los ejemplos de estas verdades.

Es natural propension de los perversos dar bellos nombres á sus horribles hechos. La tiranía es de suyo repugnante, odiosa, ora sea de uno solo, ora de muchos, ya de una dinastía real, ya de una oligarquía de facciosos: y los tiranos, ya individuales, ya colectivos, se empeñan en cubrir sus tiranías con los nombres de justicia, de severidad, de orden, de celo por la obediencia, de respeto á la autoridad, y lo que mas ofende, con

los nombres de *libertad y cumplimiento de las leyes*. Mas los pueblos no siempre se fascinan con estas falacias: si hay algunos ilusos y necios, que se pagan de estas imposturas, la gente pensadora, el verdadero pueblo, se irrita de tan inicuas burlas. ¡Qué importan bellos nombres, cuando se sufren horrendas cosas! Estamos á los hechos, y no á mentidos y aduladores discursos.

Bajo muchas facies puede contemplarse la irreligion. En el orden filosófico, por sus absurdos y contraprincipios: en el orden religioso, por su insensatez y ceguedad: en el orden social, por su pugna permanente con los sentimientos de la naturaleza: y en el orden político, por la desmoralizacion que produce. La irreligion causa en los pueblos la rebelion, la insolencia, y el fanatismo de partido; y en los gobiernos la tiranía. A cada irreligion se sigue la inmoralidad, ó hablando mas exactamente, toda irreligion dimana de una previa inmoralidad. ¿Y el que es inmoral en sus actos privados, será moral en los actos gubernativos? Puede aparentar cierta moral pagana, que, como todas las ficciones, no se conserva mucho tiempo. La misma oscuridad intelectual que se marca en los hechos privados, por la falta ó falsificacion de creencias, se observa en las acciones gubernativas. Las leyes, las órdenes, los proyectos de combinaciones del régimen político, se resienten de la inmoralidad y de la irreligion. En vez de una disertacion amplia sobre este punto, los lectores hallarán en su experiencia ó en su lectura, las pruebas mas obvias. ¿Quién ha visto nunca un hombre, célebre al par por su piedad, su rectitud y su *tiranía*? Si adelantó en

la religion y la moral, es evidente que no llegará á la tiranía, que por esencia se le oponen: empero si es tirano y parece moral y religioso, no se confíe: su religiosidad es aparente, algun interés lo hace fingir; es á la vez hipócrita y tirano.

Cada siglo y cada nacion ofrece invariablemente estos fenómenos. La libertad mengua en proporcion que decae la religion verdadera: cuanto ésta mas florece, la libertad crece y se arraiga mas. La Inglaterra en los dias de la Reforma, y la Francia en tiempo de su primera república, presentaron tantos ejemplos escandalosos de ultrages á Dios, como de tiranías sobre los pueblos. Las guillotinas francesas manaron sangre inocente; el honor y la virtud se castigaron en los cadalsos; las prisiones estuvieron enchidas; los destierros y emigraciones fueron un consuelo; la propiedad fué un triste recuerdo; la autoridad una abstraccion; la familia una carga y un ensanche de pesares; y la Francia un vasto cementerio. La *falsa libertad* ofreció ecatombes humanas á la *razon descreida*, cuando se proclamó el *ateísmo* en la asamblea legislativa de la ilustrada nacion francesa. En Norte-América los crímenes contra la religion son crímenes de estado: y los filósofos han probado concluyentemente que la incredulidad y toda irreligion atentan directamente contra la *libertad*, el *progreso*, el orden y la independencia de las naciones. Nuestra propia historia nos ofrece notables ejemplos de estas verdades. Justo es y patriótico combatir toda irreligion, porque ello es defender *la libertad de la patria*.